

Con este antecedente se explica que el lector atento que no pretende hacer alarde de un snobismo pueril, se adentre en la obra; admire los ámbitos plásticos excelentes, el del trópico, por ejemplo, que ella proporciona; deplore ese ritornello de maestro de ceremonias, de ritos y calificaciones mil veces sabidos que el autor adopta con nociva frecuencia; disfrute de sus reflexiones displicentes como esa inspirada en la amante madura que baila en el departamento íntimo una adiposa danza de plúmbeos velos y luego cierre el libro sin poseer un recuerdo de conjunto, huérfano de la totalidad vital más grande en Proust que en cualquier folletinista, inherente a la obra de arte.

MITOS Y SUPERSTICIONES (*)

Los mitos y las supersticiones chilenos aparecen en este libro de don Julio Vicuña Cifuentes que Nascimento edita por tercera vez, presentados en forma incomparablemente amena, de un modo parco y veraz y en tal pulcro estilo que la obra se coge para no dejarla hasta quedar saciado con su lectura, aunque no nos atraiga la solución de ningún conflicto novelesco, ni nos adentremos en la intimidad de algún período histórico. El erudito se limita a recoger el mundo vastísimo de la mitología y de la superstición popular, y cotejando la versión de una misma leyenda desde España hasta nuestras diferentes regiones y ciudades, ensambla un todo de inamovible y profunda humanidad.

El lector común llega a la conclusión de que no sólo en el bajo pueblo está anidado el celo supersticioso. Recuerda las veladas donde no pueden sentarse trece personas, pues se corre el riesgo de que ocurra una desgracia a uno de los presentes; los tres golpes en la madera cuando se hace alarde de buena salud, los tres golpes de sal hacia atrás, cuando dicho condimento se derrama en la mesa y no se quieren experimentar ruinas y pobrezas; la fascinación o mal de ojo que pone en peligro la

(*) Nascimento, 1947.

existencia de los niños hasta los siete años y que se neutraliza diciendo con oportunidad: ¡Dios los guarde!; el huevo de la noche de San Juan, cuya forma vertida en un vaso de agua anuncia el porvenir: los entierros; los presagios infalibles de la muerte próxima, etc.

Con esta rapidísima enumeración es fácil concluir afirmando que los chilenos que a veces nos consideramos personajes muy diferenciados en la América del Sur, poseemos buen lastre supersticioso, lo que explica algunas actitudes muy íntimas de sabios y psicoanalistas.

En cambio, el estudio de los mitos señala un mundo aparte de sensible y poderosa amplitud. En él aparecen: el alicanto, el basilisco, los brujos con sus aquelarres y sus escuelas donde se gradúan, después de siete años de estudios, los mandarunos y mandarunas; la calchona, que es una oveja que ronda por las noches las habitaciones de los campesinos, los cuales como saben que es gente, le dejan en un lebrillo las sobras de la comida, seguros de que es inofensiva, pues el cura les ha recomendado que no le hagan daño. Asociación clara con la metamorfosis que siempre ha preocupado a las literaturas desde Lucio Apuleyo hasta los modernos cuentistas infantiles.

Habría que señalar también los procedimientos terapéuticos indicados por las «meicas», algunos bastante sucios y otros fácilmente reemplazables por los boticarios mediante drogas anodinas y mil facetas más de todo este mundo de fantasía y realidad amalgamadas. Baste la afirmación, por ahora, de que el libro del ilustre poeta y erudito don Julio Vicuña Cifuentes constituye un estímulo prodigioso para nuestros folkloristas y que resume con amenidad y culta gracia todo cuanto puede haberse escrito sobre el tema.

Implica una mirada diáfana a esa zona primitiva apenas subyugada por la civilización y la ciencia, que surge con otro sentido en la novelística, en la poesía y en las expresiones musicales y plásticas más apegadas a lo vernáculo.